

nes, sólo se veían vivir sus ojos, y la cabeza que volvía para mirar obstinadamente á *La Dicha* á través de los visillos de la ventana. Baudu también sufría aquella obsesión, y quería correr con la mirada las cortinas; pero ella le detenía con suplicante gesto: quería verla hasta su última hora. El monstruo se lo había llevado todo: su casa, su hija, y ella misma se iba poco á poco con *El Viejo Elbauf*, que perdía la vida á medida que se iba la clientela: el día que muriese, moriría ella. Cuando se sintió morir, tuvo fuerzas para exigir que se abriesen las dos ventanas. Hacía hermoso tiempo, y un alegre sol doraba *La Dicha*, mientras la casuca temblaba en la sombra. Se quedó con la mirada fija, llena de aquella vision del monumento triunfal, de aquellos limpios cristales, tras de los cuales pasaban los millones. Lentamente sus ojos se llenaron de tinieblas, y cuando se extinguieron en la muerte, quedaron abiertos, mirando siempre, y llenos de llanto.

Una vez más desfiló el pequeño comercio en el cortejo. Se vió allí á los hermanos Vaupouille, rendidos por el esfuerzo hecho en los pagos de Diciembre, cuyo esfuerzo no podría renouarse; Bedoré y hermana se apoyaban en un baston, arrastrando su padecimiento del estómago; Deslignières había tenido un ataque; Piot y Rivoire marchaban en silencio, con la cabeza baja, totalmente acabados. Nadie se atrevía á preguntar por los desaparecidos: Quinette, la señorita Tatin y otros, que de la mañana á la noche habían sido arrastrados por aquella ola de desastres, sin contar á Robineau, que seguía en la cama con la pierna rota. Se miraba con interes á los comerciantes amenazados por aquella peste: el perfumista Graquet, la señora Chadeuil la modista, la florista Lacassagne y el zapatero Naud, que se mantenían en pié esperando ansiosos el golpe que había de llevárselos. Detras del coche mortuorio iba Baudu, con el mismo paso de res asombrada con que acompañó á su hija, mientras en el fondo del primer coche de luto se veían los ojos brillantes de Bourras bajo sus pestañas y cabellos blancos como la nieve.

Dionisia estaba muy disgustada. Hacía quince días que estaba llena de zozobras. Había tenido que meter á Pepé en el colegio, y Juan la traía á mal traer, tan enamorado de la hija del pasteleiro, que quería que su hermana la pidiese en matrimonio. La muerte de la tía y tan repetidos reveses acabaron de anonadarla. Mouret se había ofrecido nuevamente á ella, diciendo que lo que ella hiciese por su tío y los demas, estaria bien hecho. Una ma-

ñana, ante la noticia de que Bourras estaba en la calle, y que su tío cerraba la tienda, tuvo con él una conferencia. Luégo salió despues de almorzar, con la esperanza de consolarles.

En la calle Michodière estaba Bourras plantado en la acera, frente á su casa, de la que había sido expulsado la vispera, despues de una hazaña del abogado contrario. Como Mouret poseía los créditos contra él, había obtenido fácilmente la declaracion de quiebra del paraguista, y compró en quinientos francos el derecho al arriendo en la venta hecha por el síndico. Así, el viejo había dejado coger en quinientos francos lo que no quiso dar en cien mil. El arquitecto, que llegó con los obreros, tuvo que pedir el auxilio del comisario para echarle. Los géneros fueron vendidos, y desocupada la casa: el viejo se resistía en el rincón en que dormía, de donde no se atrevían á echarle por un resto de piedad. Los obreros atacaron el techo sobre su cabeza. Se quitaron las podridas tejas; los techos se hundían; crujían las paredes, y él, firme entre las carcomidas vigas. Al fin, se fué al llegar la policia. Pero á la mañana siguiente reapareció en la acera de enfrente, despues de pasar la noche en una casa de huéspedes.

— Señor Bourras... — dijo dulcemente Dionisia.

No la oyó: sus ojos encendidos devoraban á los obreros, cuyos picos atacaban la fachada. Por sus ventanas se veía el interior miserable, la negra escalera en la que el sol no penetraba hacía doscientos años.

— ¡ Ah, sois vos ! — dijo al verla — ¡ Qué bien trabajan esos ladrones ! ¿ eh ?

Ella no se atrevió á hablarle, conmovida por la tristeza de aquella casucha, de cuyas piedras mohosas no podía apartar la vista. Arriba, en un rincón del techo de su antiguo cuarto percibió Dionisia el nombre de *Ernestina* pintado con la llama de una bujía, y el recuerdo de los días de miseria la hizo sentir piedad por todos los dolores. Los obreros, á fin de derribar de un golpe un trozo de pared, la atacaban por su base, y la pared vaciló.

— ¡ Si les aplastase á todos ! — murmuró Bourras con voz salvaje.

Hubo un terrible crujido. Los obreros, temerosos, salieron á la calle, y la pared al caer deshizo aquella ruina, que se sostenía por milagro, pues la hacía caer un simple empuje. Fué como el desplome de una casa de barro que la lluvia se lleva. No quedó nada en pié: sólo se veía un montón de escombros, la hoguera extinguida del pasado...

— ¡Dios mío! — gritó el viejo como si el golpe le repercutiese en el alma.

Se quedó mudo. Nunca hubiese creído que acabase tan pronto. Miraba el hueco abierto en el flanco de *La Dicha*, libre de la veruga que la deshonraba. Era el triunfo definitivo sobre la terquedad de lo infinitamente pequeño, la conquista de toda la manzana. Los transeuntes hablaban con los obreros, que renegaban de aquellas ruinas que sólo servían para aplastar gente.

— Señor Bourras — repitió Dionisia tratando de llevárselo — ya sabeis que no se os abandonará, y que se satisfarán vuestras necesidades.

— No tengo ninguna — dijo él irguiéndose. — Os envían ellos, ¿verdad? Decídes que el viejo Bourras sabe trabajar y que hallará ocupación donde quiera... ¡Qué cómodo es eso de dar limosna á quien se asesina!

— Aceptad, os lo ruego — dijole ella suplicante; — no me causeis ese disgusto.

Él sacudió su bíblica cabeza.

— No, no; hemos concluido. Vivid feliz vos que sois joven, y no impidais á los viejos que sigan con sus ideas.

Arrojó la última mirada al montón de escombros, y echó á andar penosamente. Ella le siguió hasta que dió vuelta al ángulo de la plaza Gaillon.

Dionisia se quedó un momento inmóvil, y al fin entró en casa de su tío. El pañero estaba solo en la sombría tienda de *El Viejo Elbauf*. La asistenta sólo iba por mañana y noche á cocinar y ayudarle á cerrar. Pasaba las horas en aquella soledad, y sin tener tino para buscar las mercancías cuando entraba casualmente una compradora. En aquel silencio y penumbra andaba sin cesar, con el paso de los entierros, cediendo á una especie de fiebre de marcha, como si quisiese arrullar y dormir su dolor.

— ¿Estais mejor, tío? — preguntó Dionisia.

Él se paró un momento y la miró; luego siguió paseando.

— Sí, sí; estoy bien; gracias.

Ella buscaba palabras consoladoras sin hallarlas.

— ¿Habeis oído el ruido? Ya está la casa por el suelo.

— ¡Es cierto! — contestó él con aire asombrado. — Debía ser la casa aquel ruido que oí... Esta mañana vi á los albañiles en el tejado y cerré mi puerta.

Hizo un vago gesto, como que aquello no le importaba. Cada

vez que se acercaba á la caja, miraba la vacía banqueta de terciopelo en que se sentaban su mujer y su hija. Cuando su paseo le llevaba á otro lado, miraba la anaquelera llena de sombra, en la que se enmohecían algunas piezas de paño. Era aquella la casa viuda: las que amaba habían partido, su comercio había caído vergonzosamente, y él paseaba solo su muerto corazón y su abatido orgullo entre aquella catástrofe. Levantaba los ojos al techo y sentía el silencio sepulcral de aquel comedor, rincón familiar del que él amaba en otro tiempo hasta el ambiente malsano. Ni un soplo se oía. Sólo su paso regular hacía sonar las viejas paredes, como si anduviese sobre la tumba de sus ternuras.

Dionisia abordó al fin el objeto que la llevaba.

— Así no podeis estar, tío. Hay que tomar una determinación.

— Sin duda — respondió sin pararse; — pero ¿qué quieres que haga? He querido traspasar, y nadie acude... Un día cerraré la tienda y me iré.

No temía una quiebra, porque los acreedores preferían entenderse con él, conmovidos por su desgracia. Pagándolo todo, se encontraría sencillamente en la calle.

— ¿Y qué haréis luego? — murmuró Dionisia para llegar por medio de una transición á la oferta que no se atrevía á formular.

— No sé — contestó él; — me recogerán...

Había cambiado su paseo é iba desde el comedor al escaparate; aquel escaparate olvidado ya. No levantaba los ojos á *La Dicha*, cuyas líneas arquitectónicas se perdían á derecha é izquierda de la calle. Parecía anonadado y sin fuerzas para mirar.

— Escuchad, tío — dijo al fin Dionisia miedosamente; — tal vez hubiera para vos una plaza...

Se detuvo y añadió:

— Vengo encargada de ofrecer os una plaza de inspector...

— ¿Dónde?

— Enfrente... entre nosotros... Seis mil francos sin trabajo alguno.

Él se paró bruscamente ante ella. Pero en vez de sublevarse como ella temía, se puso muy pálido presa de dolorosa emoción, de resignación amarga.

— Enfrente... — balbuceó varias veces. — ¿Tú quieres que yo entre ahí enfrente?

Dionisia se sintió muy conmovida. Vió de pronto la lucha de las dos tiendas, los entierros de Genoveva y su tía; tenía ante

los ojos *El Viejo Elbæuf* trastornado, vencido por *La Dicha*, y la vision de su tío entrando allí enfrente y paseando de corbata blanca, la apretó el corazon.

—Vamos, Dionisia, hija mia, ¿es posible eso?— decia él cruzando sus manos temblorosas.

—¡No, no, tío mio!— exclamó ella en un arranque de su corazon;— seria mal hecho... Perdonadme...

Él paseó de nuevo con su paso tardo que llenaba el fúnebre vacío de la casa. Cuando Dionisia se fué, seguía en aquel andar terco de las grandes desesperaciones.

Dionisia tuvo insomnios aquella noche. Tocaba de cerca su impotencia. No encontraba consuelo para los suyos; debía asistir hasta el fin á aquella renovacion de la vida por medio de la muerte. Aceptaba aquella lucha, pero su corazon de mujer se llenaba de bondad y de lágrimas por la humanidad que sufría. Hacía años que ella misma estaba cogida por los engranajes de la máquina. ¿No habia sangrado? ¿No la habian martirizado y azuzado con injurias? Aun al presente se espantaba de verse entre los escogidos por la lógica de los hechos. ¿Por qué habia sucedido esto siendo tan poca cosa ella? ¿Por qué su pequeña mano pesaba tanto en la tarea del monstruo, cuyo empuje la arrastraba cuando su presencia allí debía ser una ayuda para los otros? Mouret habia inventado aquel mecanismo para tragar gente; mecanismo cuyo funcionar brutal la indignaba. Habia sembrado de ruinas el barrio, despojando á los unos, arruinando á los otros, y ella le amaba por la grandeza de su obra, y más aumentaba su amor á cada exceso de su poder, á pesar de la ola de lágrimas que la ahogaba ante la sagrada miseria de los vencidos.

XIII

La calle del Dix-Décembre, recién abierta, con sus casas de deslumbrante blancura y andamios aún no desmontados, se templaba bajo el claro sol de Febrero. Pasaba una oleada de carruajes como tren conquistador á través de aquella faja luminosa que cortaba la oscuridad húmeda del viejo barrio de Saint-Roch. Entre la calle Michodière y la de Choiseul se agolpaba la multitud, conmovida con un mes de reclamos, con los ojos asombrados y pasando varias veces ante la monumental fachada de *La Dicha de las Damas*, que aquel lunes se inauguraba, juntamente con la gran exposicion de lencería.

Era aquello como una arquitectura policroma fundida en oro que anunciaba el estrépito y brillo del tráfico interior, deslumbrando como un escaparate inmenso en que hirviesen todos los colores. En la planta baja y para no eclipsar las telas expuestas, el decorado era sobrio: un basamento de mármol verde mar. Los pilares de ángulo estaban cubiertos de mármol negro, cuya severidad se templaba con cañas doradas, y el resto con cristales sin emplome que descubrian el fondo de las galerías á la vista exterior. Á medida que subian los pisos eran más vivos los colores. El friso del piso bajo se desenvolvía en mosaicos y guirnaldas de flores rojas y azules, alternadas con planchas de marmol, sobre las que se veian grabados los nombres de las mercancías hasta el infinito, ciñendo al coloso. Más arriba, en el basamento del primer piso, brillaban tambien los espejos hasta el friso, sembrado de escutones dorados con las armas de ciudades francesas, y detalles de barro cocido cuyo tallado repetía las flores del basamento. En la parte superior reaparecian los mosaicos y *faïences* con tonos más vivos: el zinc se retorcia y doraba sosteniendo un pueblo de estatuas representando las ciudades industriales y recortando sus líneas escultóricas en pleno azul de cielo. Los curiosos se dete-